

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

Año VI

San Salvador, Centro América — Abril de 1951

Nos. 47-48

ORIENTACION

Celebrando un Centenario

Por iniciativa del Ateneo de El Salvador se va a levantar, al final de la Avenida España, un obelisco a la Reina Isabel. Con ello se quiere conmemorar el quinto centenario del nacimiento de la bien llamada Madre de América. Este es, entre otros, uno de los varios homenajes que nuestra Nación quiere rendir a la gran Reina de Castilla. La ocasión no puede ser más oportuna, ni el propósito más digno de encomio.

El 22 de abril de 1451 nace en Madrigal de Las Altas Torres, aquella mujer portentosa que, con alma de cruzado, y confiando plenamente en Dios, patrocina, ampara y auxilia el hecho más extraordinario de la historia contemporánea: el descubrimiento de nuestro Continente.

América entera, a fuer de bien nacida, quiere sumarse a estos regocijos. La revista ECA, después de dormitar por algún tiempo, muy a pesar de los que le dieron la vida, con este número extraordinario se suma también jubilosa, a la gran fiesta, y quiere aportar su granito de arena en este certamen universal del mundo hispánico con el que quiere honrar y ensalzar a su Madre y protectora.

Ojalá que, aprovechando esta feliz coyuntura, se despierten entre nuestra gente culta e intelectual ansias y anhelos de honda investigación histórica, y nos presente, con documentos de primera mano, nuestra historia, sin tergiversaciones ni interpretaciones bastardas de los hechos.

El influjo y ascendiente de esta mujer, "elegida por Dios", como lo dijo el dominico Andrés de Miranda, en la vida de América fué de tal trascendencia que cambió el curso de la civilización y el aspecto del mundo.

Por eso su vida se confunde con la vida de su Siglo. Y no dudamos en afirmar que, ni el abandono de siglos, ni los más certeros ataques de los enemigos de la Iglesia, ni las intrigas y maquinaciones de los envidiosos empeñados en deshispanizar, léase descristianizar, lo que ella civilizó y cristianizó, han logrado desviar sustancialmente la ruta que, bajo su influjo y dirección, ella, desde un principio, señaló y determinó.

Si América cree y reza en cristiano, si sus indios han sido civilizados y asimilados por la cultura occidental, y no extrañados y extinguidos, todo se debe, después de la gracia de Dios, al genio y al corazón de Isabel.

La leyenda negra, obra de intriga, fomentada por las ansias de desprestigiar lo católico y español, se va desvaneciendo. Ante la copiosa producción literaria de multitud de modernos y sensatos investigadores, amantes de la verdad y de la historia, los historiadores que escribían de espaldas a los archivos y obsesionados por una idea fija y aviesa, se repliegan confundidos y abochornados ante la realidad de los hechos.

A nuestra generación le toca, ahora que, para ventura nuestra, se han calmado los espíritus, después de más de un siglo de distanciamiento, y una vez desaparecidos los temerosos recelos de influencias extrañas, adentrarse de lleno en la medula de nuestra historia, y bucear acuciosamente en el mar sin fondo de los legajos e infolios de nuestros archivos, y beber allí, como en fuente pura, nuestra historia y nuestra civilización.

Ha sido vergonzoso, y al mismo tiempo manifestación patente de nuestra incuria, lo que ha pasado en muchísimas ocasiones con la historia de América. Historiadores vacuos y desaprensivos, sin otro mérito que su atrevimiento, han desvirtuado nuestros hechos, los han adobado a su antojo para que sirvieran a sus fines espúreos, se han lanzado a emborronar páginas y páginas, y estos libros así escritos, sin crítica, con erucción sofisticada han pasado de generación en generación, deformando las cabezas de nuestra juventud que se los asimilaba, a falta de otra cosa, como pan bendito.

Aprovechemos esta ocasión para hacer historia, para dialogar amigablemente, Estudiemos con imparcialidad y crítica serena a esta figura insigne de la historia de la hispanidad, y veremos que muchas veces, para bochorno nuestro nos han hecho comulgar con ruedas de molino. En ella encontraremos sin dudar deficiencias y faltas. Afirmar lo contrario sería una mentecatez. Pero de su estudio completo saldrá una semblanza de mujer tan esclarecida que daremos gracias al Todopoderoso por la providencia que tuvo de poner nuestro continente bajo el influjo de su alma cristiana y de su corazón de madre.

Las facetas del alma de esta mujer son innumerables. Cada una de ellas daría para llenar bellísimas páginas. Pero la nota más sobresaliente de esta mujer y reina sin par es su contorno espiritual de subidísimos quilates.

La obra que tuvo que realizar en España fué ingente. Le tocó vivir en un siglo caótico. Las dificultades internas eran como para amedrentar al corazón más generoso. Las luchas intestinas la requerían por completo. Es verdad que acababa de realizar un sueño de siglos: la unión nacional, Mas como consecuencia de ello, los pueblos estaban cansados y empobrecidos. ..

En esta coyuntura no muy feliz se le presenta un aventurero con la idea de nuevos mundos. Su esposo está renuente ante los propósitos del navegante. Mas la mujer, predestinada por la providencia, para favorecer la gran empresa del descubrimiento de América, siente un dulce presentimiento. Nota que su corazón le late con más vigor. Se deja llevar de estos impulsos, y, añadiendo a ellos la generosidad de su desprendimiento hace con ello surgir del mar tenebroso el nuevo mundo.

La hazaña se consuma por su gracia y favor. Con razón los pueblos de aquende los mares la llaman Madre de América, porque ésta nació de la generosidad y a impulsos de su corazón.

A esta gran Reina os presentamos en estas páginas para que la estudiéis y la admiréis.

B. Muruzábal, S. J.